

Maya y la Tierra

Escribe: JUAN CASTILLO MUÑOZ

— I —

Los muros de esa "Popayán de piedra pensativa" albergan un grupo humano que guarda celosamente historia y tradiciones. Calles, casas solariegas, jardines. Torres, campanas, "ángelus". Rostros proceros, estatuas patinadas... recuerdos. Un pueblo apegado a nobles y caballerescos ideales. A leyendas de variada índole entre las cuales no es la menos hermosa aquella que nos dice cómo el Hidalgo de La Mancha, el visionario Don Quijote,

fue sepultado en una esquina de la Plaza

Mayor, bajo los muros de una torre canónica...

Pero Popayán es mucho más. Es paisaje, alturas níveas, laderas de matizados y cambiantes verdes, valle amplio y soleado, arroyos claros y rumorosos. Y el Cauca, que al pasar bajo los aleros de la ciudad blasonada conserva aún el fragor de su caudal andino. Y campesinos laboriosos en cuyos rostros parece adivinarse el rasgo de algún soldado de las gestas históricas cuyos brazos fuertes se tendieron triunfantes con el valor tradicional de la raza. Popayán de cielos limpios y de crepúsculos largos. De suaves brisas que transportan desde el campo cercano los aromas silvestres y el mugir de las tardas vacadas apacibles.

Allí, en ese contorno de rumores suaves y silencios verdaderos, se forjó la personalidad del Maestro Rafael Maya que volcara en su poesía "con asombrosa esplendidez, todos los frutos sazonados de sus huertos interiores" (1). Maya acostumbró su sensibilidad al paisaje. La naturaleza le reveló los más secretos matices y él elaboró en sus lagares interiores "una liturgia de la

tierra" convertida en constante evocación de su creación lírica, acaso la más personal pero también la más ecuménica de la poesía colombiana.

El propio Maya recordando las influencias que sobre su poesía ejercieran algunos clásicos latinos, nos habla de Virgilio quien dejó huella imborrable en su inspiración. "Entre Virgilio y el paisaje de Popayán advertí desde el principio afinidades entrañables, y puedo asegurar que, sin ese autor y nacido en otra comarca del país, no habría escrito versos o es posible que mi poesía se hubiese orientado en otra forma", dice, para añadir algo que nos lleva directamente al propósito de estas notas: "Fui una naturaleza esencialmente apta para amar los campos, los árboles, las colinas, con amor verdaderamente panteísta" (2).

Si bien el paisaje, la geografía son "tan solo un aspecto del hombre y de su ambiente", constituyen sin embargo factor determinante para la concepción de un universo expresivo cuando este es auténtico como en el caso de Maya quien, además de la precisión formal, logró, a lo largo de su obra, un severo apego a la verdad de su mundo, a su contorno físico, a su horizonte espiritual claramente delineado y plenamente logrado (3).

— II —

Popayán, por la época de la temprana poesía de Maya y mucho más acá, formaba un conjunto homogéneo entre la realidad y el ensueño. Comarca de arraigadas y señoriales costumbres, se sustraía a los afanes fenicios y así delineó los contornos ideales del poeta. Personalidad y obra estuvieron identificados con el paisaje y aun en la última etapa de su vida esa profunda comunión de su ser con la tierra se dejó sentir en toda su potencia creadora.

En la obra de Rafael Maya se encuentran los enraizamientos telúricos que caracterizan y definen a un poeta de altísima calidad. Cada poeta debe poseer recios garfios espirituales que le afirmen sobre el humus nutricional.

De no ser así, el poema se convierte en humo, en nube errátil, en ave sin destino. Si el poeta bebe los jugos de la tierra, vibra con sus vientos y sus soles, si satura la expresión con los perfumes que le acariciaron en la temprana jornada terrenal, si aprende a

captar el gesto, el ademán, la índole de aquellos que han sido los suyos en la amplitud de su espectro vital, será auténtico. Será poeta de hondas raigambres y extensas proyecciones (4).

Y eso es Maya. Poeta de verdad. Supo él forjar una obra que perdura con resonancias de inmensidad y, sin embargo, y por ello mismo, apegada al suelo, ceñida a la tierra, hundida en la certeza de todo cuanto fue para él válido como forma de expresar su sentir, inmerso en los panoramas que le fueron gratos y definitivamente entrañables.

El ambiente de veras virgiliano del valle de Pubenza moldeó la sensibilidad de Maya niño hasta hacer aflorar al artista. Vagar por los campos verdes, extasiarse ante la lejana y próxima cordillera, escuchar el rugido sordo y amenazante del volcán-nevado, presenciar, dibujado sobre el velo negro de la noche, el penacho ígneo que se levanta imponente desde la cúspide de la montaña tutelar, soñar a la orilla del Cauca agitado y agreste. Todo ello, unido a la historia tan íntimamente ligada a la ciudad nativa, a sus casonas blancas aromadas por los floridos jardines interiores o las otras diseminadas por la campiña suave, donde se albergaron hombres de señera actitud en los fastos del país. Todo este conjunto confluyó en la formación del joven poeta (5).

Matizando los severos estudios y la lectura de los clásicos con el contacto directo y permanente de una tierra capaz de ofrecerle las sensaciones más profundas de la belleza y la armonía, Maya ardió en pasión terrígena y sus cantos tuvieron —los primeros y los últimos— ese olor a humus, a campo abierto, a bosque, a soledad y a viento. Es él quien nos da la clave para su profundo arraigo en el terruño: “Fui una naturaleza esencialmente apta para amar los campos, los árboles, las colinas, con amor verdaderamente panteísta. Mi primer libro de versos ‘La vida en la sombra’, puede considerarse como una liturgia de la tierra”.

— III —

La devoción de Maya por la tierra le lleva a interiorizaciones a través de las cuales elabora el poema surgido de la contemplación idolátrica del paisaje que le comunica sensaciones y emociones.

La tierra está en él con todos sus accidentes y sufrimientos, con toda su belleza y su promesa. Por eso habla del “valle materno” y danza “danzas florales” con “ritmo terrenal”. Se siente “hijo del agro próspero y del monte”, nacido en una “tierra de ancho horizonte” que encierra en su amplitud telúrica “un río sonoro” entre “árboles de oro”.

Toda una explosión de la naturaleza se aposenta en esta poesía de alto vuelo y sentimientos a ras de tierra, de “tierra florecida”. Ya en su poema “Credo” que encabeza “La vida en la sombra”, entrega Maya algunos de los elementos sustanciales de su inspiración:

*Los campos de esmeralda.
La sagrada colina,
el árbol familiar, grave de pomas de oro,
y el agua campesina
vieron, a veces, vuestro alegre coro
y las danzas florales
de vuestros pies, sujetos a la música vasta
que anima todo el ritmo terrenal y la casta
theoría de las raudas potencias celestiales.*

Tierra y cosmos. Agua y nube. Música para el ritmo terrenal y potencias celestes que dominan la inspiración, definen y encauzan la poesía de Maya hacia la reafirmación de su concepto vital del destino y de la misión del arte y del artista.

La severa forma que ciñe los poemas de Maya no empece para que fluyan como por cauces naturales. Y a lo largo de ese discurrir cristalino palabras hay que llegan, pasan y vuelven como en un ritornelo de secretas melodías (6). Esas palabras no son, en forma alguna, repetidas arbitrariamente sino que constituyen una constante evocación de temas siempre urgidos de presencia real en el texto.

Es interesante observar en su obra total la recurrencia a ciertas palabras que anclan los poemas en la tierra. Cuando eleva la inspiración cósmicamente parece sentir de pronto que todo el peso del mundo cayera sobre sí y vuelve la mirada al suelo, al paisaje, al contorno que rodea su existencia. Y surgen entonces las palabras que nutren su concepto vibrante de la naturaleza, del arduo trajinar del hombre por caminos de polvo y de guijarros.

En la sola enunciación de títulos de algunos de sus poemas hallamos esas palabras y sus equivalentes, amablemente repetidas: "La voz del agua", "Lluvia", "Oda a las fuentes", "Tempestad", con la que titula tres poemas. O bien, "Volvamos al jardín", "Yo te llevaré a mi valle", "Agreste", "Pastoral", "Jardín antiguo", "Semillas en la noche", "El mundo en flor", "Mujer y rosa", "Rosa mía", "Flor y poema", "Rosa entre rosas", "Rosa", "La espina", "Aquí se canta al pino". Y más aún, "Tierra" en varios poemas, "Elegía al barrio viejo", "La isla", "Yo me llamo piedra", "Mi reino es de este mundo", "Ultimo día en la tierra". ¿Y para qué seguir con los títulos? Todos ellos sugestivos y plenos de intención.

Observemos ahora cómo recurre a lo largo de los poemas a las mismas palabras, en forma diferente pero siempre presentes, como para reafirmar esa posesión del mundo, ese sentir telúrico que caracteriza su poesía hecha con los materiales de la nube, del viento y del polvo. Del árbol y la fuente. De la rosa y el ave. De la senda interminable que transita el hombre con su pesada carga de ensueños y de congoja.

Ya hemos visto en "Credo" palabras claves de la poesía del payanés. Esas palabras, circunscrito el análisis ahora a aquellas que lo engarfan al paisaje, nos hablan del "fresco mirto", del "laurel naciente" y avanzando aún más, del "agua azul de la montaña", del "breñal salvaje", del "agua pura", de la "hierba del camino". Las flores son para Maya como aromada obsesión: La rosa es fragante recurrencia lo mismo que la amapola y hay "flores de gracia matinal" y "túnicas florales" junto a "viejos parrales" de "uvas trigueñas". Pero se extasía también con las "grietas de la peña musgosa" o "mirando la alondra de los trigos en flor". Ciprés, hiedra, vara juncal, granados en flor se aúnan al valle, al río, a la granja, al collado que fueron los escenarios de su constante comunión con la geografía de su solar nativo (7).

Aun en los poemas amorosos en los cuales fue —otra vez— maestro, no puede sustraerse de su paisaje ambiente. Y menos en aquellos otros en los cuales canta a la "ciudad lejana", evocada con sus "torres que se yerguen venciendo la llanura" con "herbosas calles" y "flores de ternura". Veamos cómo la naturaleza persiste en este fragmento —para hacer una sola cita— del hermoso soneto "Seremos tristes":

*Oye, seremos tristes, dulce señora mía.
Nadie sabrá el secreto de esta suave tristeza.
Tristes como ese valle que a oscurecerse empieza,
tristes como el crepúsculo de una estación tardía.
Oye, seremos tristes, con la tristeza vaga
de los parques lejanos, de las muertas ciudades,
de los puertos nocturnos cuyo faro se apaga.*

.....

Y así, en toda la extensión de la obra del bardo payanés se percibe el aroma de la tierra que, grávida de emociones y de frutos, es una constante reafirmación de la presencia telúrica en el aporte lírico de Maya, que constituye un salmo inacabado a los parajes de su infancia y de toda su vida.

— IV —

Pero ciertamente que la poesía de Maya no puede separarse del resto de su obra.

Hombre total, fue fiel a sus concepciones cósmicas y a su afirmación terrígena tanto en el verso como en la prosa. Uno y otra se imbrican, se unen, se complementan y fortalecen (8).

Severo en la poesía, lo fue también en el ensayo, en la crítica, en escritos diversos, que forman un conjunto pleno de logros y de luces. Maya, poeta, es tan artista como Maya escudriñador de realidades en la literatura y en la vida.

NOTAS

Para este trabajo, que solo intenta destacar una de las facetas de la lírica de Rafael Maya, hemos tenido a la mano la "Obra poética", editada por el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica - 1972, y la excelente edición de "Poesía", realizada por la Biblioteca Luis-Angel Arango - 1979.

(1) Jaime Duarte French, prologando la edición de la "Luis-Angel Arango", señala en Maya aquellos aspectos fundamentales de su obra poética enlazándolos con su labor de ensayista, crítico y catedrático de proyecciones definitivas en la literatura colombiana.

(2) En carta a Monseñor Gómez Hoyos que encabeza la edición de "Obra poética", Maya realiza el análisis-confesión de los orígenes, desarrollos y trascendencias de su poesía.

(3) Aldo Pellegrini ha dicho en la introducción a su "Antología de la poesía viva latinoamericana" (1966) que "de todos modos, el poeta, cuando es sincero, es siempre la voz viva de un medio".

(4) "Las palabras-cosas se agrupan por asociaciones mágicas de conveniencia e inconveniencia, como los colores y los sonidos: se atraen, se rechazan, se queman, y su asociación compone la verdadera unidad poética que es la frase-objeto", según Jean Paul Sartre: "¿Qué es la literatura?". 1962.

(5) Dice Vicente Aleixandre: "Pacto final el de la poesía que no olvida ciertamente que el hombre es naturaleza y que el viento unas veces se llama labios, otras arena, mientras el mundo lleva en su seno a todo lo existente". Además "Poesía es clarividente fusión del hombre con lo creado, con lo que acaso no tiene nombre".

(6) El R. P. Luis Carlos Herrera, S. J., desarrolla la técnica de Palabra-Tema en su estudio sobre "Tierra de Promisión" de José Eustasio Rivera, mediante la cual nos revela al poeta inmerso en su mundo físico pero al mismo tiempo elevado a las cumbres sugerentes de la elaboración síquica que produce una obra cargada de significados profundos.

(7) "Pensando en mis propios versos (y doy excusas por esa alusión enteramente personal) yo reparaba en mi preferencia por "primitivo" y "cósmico", palabras de que están sembrados mis versos y que se vienen a la pluma cada vez que escribo, hasta el punto de tener que rechazarlas por demasiado repetidas. ¿Qué hay allí? Indudablemente algo más que automatismo. Hay realidades del espíritu hasta las cuales se avanza por medio de esas "Palabras-Tema". (Carta de Maya al R. P. Luis Carlos Herrera, S. J., en su obra citada. 1969).

(8) Jaime Duarte French, prólogo citado.